

BORIS A. ZACHRISSON

LA CASA DE LOS LADRILLOS ROJOS Y OTROS CUENTOS



Primer Premio “RICARDO MIRO”

Panamá, R. de P.

1958



Nació Boris Zachrisson en la ciudad de Panamá.

Desconocido hasta entonces, adviene a la literatura nacional al obtener en 1958 el primer premio del Concurso Ricardo Miró, Sección de Cuentos, con el volumen "La Casa de los Ladrillos Rojos y Otros Cuentos" que hoy

BORIS A. ZACHRISSON

LA CASA DE LOS LADRILLOS ROJOS Y OTROS CUENTOS



Primer Premio “RICARDO MIRO”

Panamá, R. de P.

1958

EDITADO POR EL DEPARTAMENTO DE BELLAS ARTES Y PUBLICACIONES
DEL MINISTERIO DE EDUCACION. — PANAMA

A mis padres

Ilustraciones
de
Julio A. Zachrisson Jr.

PROLOGO

Dice Mariano Latorre en el prólogo a "La Buena Moza y el Toro" del cuentista chileno Hernán Jaramillo, que existen varias hipótesis sobre la ascendencia del cuento en la literatura, pero que, a su modo de ver, todas esas fuentes pueden reducirse a dos. Una, la más antigua, es un relato en que la fantasía, la alegría de imaginar, que decía Goethe, predomina sobre la realidad; la otra es moderna, es la tajada de vida de Maupassant. Pues bien, si tuviera que encasillar a Boris Zachrisson dentro de alguna de estas dos tendencias, no vacilaría en inclinarme por la primera. No es que afirme que en Zachrisson haya menosprecio por la realidad. No. Lo que trato de sugerir es que en este joven escritor lo primordial es esa alegría de imaginar de que hablaba Goethe. No le interesa describirnos personajes de gran hondura psicológica, como tampoco hacer gala de una muy vigorosa trama. Tanto los personajes como la trama son meros soportes de que se vale este cuentista para hacer despliegue de una rica fantasía. Tampoco quiere esto decir que para Zachrisson carezcan de importancia estos dos valiosos elementos de la narración. Hay alguno que otro esbozo de caracterizar personajes como ese JONATHAN PERCIVAL SMITH de "La Casa de los Ladrillos Rojos", y es capaz de conducir la trama como nos lo demuestra en su bellissimo cuento "El Arete"; pero, en fin de cuentas, lo que le interesa es entretener.

Digo esto porque tengo especial interés en señalar la importancia que adquiere el advenimiento de Boris Zachrisson a nuestra literatura. Nuestro cuento ha sido, salvo honrosas excepciones, muestrario interminable de cutarras, aguardiente y relleno paisajístico. Hora era ya de reaccionar contra esos excesos que tanto daño han causado a nuestra literatura narrativa. De ahí que considere la aparición de este libro como una saludable reacción contra tanto lugar común, contra tanta deformación pseudo dialectal, en fin, contra tanta pereza mental que hoy se enseñorea en nuestra prosa. Se me argüirá que la literatura no puede ser hoy simple entretenimiento. No lo dudo. A lo que me opongo es a ese fácil pintoresquismo con que se ha pretendido buscar solución a los problemas del hombre y de la tierra.

Creo que Zachrisson es, entre la nueva generación de cuentistas, quien traza los derroteros que debe seguir nuestro cuento para salir del marasmo en que hoy se encuentra. Es en esto, precisamente, donde reside, a mi modo de ver, el mayor mérito de este libro.

De los nueve cuentos que forman el volumen, "La Casa de los Ladrillos Rojos", que da título al libro, me parece el más logrado. Debo hacer una aclaración, sin embargo. No lo considero el mejor cuento desde el punto de vista estricto del género; sí el de más subido valor literario. Nos permite entrever, más que ningún otro, las estimables dotes narrativas de este escritor. Es aquí, también, donde emplea con mayor acierto, —quizás por ser éste el más extenso del volumen— la técnica de imagen cinematográfica, que utiliza a través de todos sus cuentos ya que le presta a la narración ligereza y movimiento. Permite, además, valorar el buen observador que hay en Zachrisson quien, al ponernos en contacto con el mundo ya ido de la infancia y la adolescencia, demuestra un vigoroso poder de evocación, tan necesario a todo buen cuentista.

Ahora bien, cuento, lo que se llama cuento, lo es sin disputa "El Arete". Hay en este relato todas las condiciones esenciales que se requieren para que se dé el buen cuento. Desde el acierto en el escogimiento de la primera frase para captar al lector, hasta la búsqueda por alcanzar el "single emotional effect" tan caro a Poe. Nótese cómo, desde la primera frase, va creando Zachrisson la atmósfera de misterio que él quiere conseguir, los recursos que emplea para conducir al lector hacia donde él lo desea. Si la "Casa de los Ladrillos Rojos" nos permite observar sus cualidades de buen escritor, en "El Arete" se nos descubre el posible gran cuentista. Incurre, sin embargo, en ciertas omisiones de detalle que oscurecen un tanto este relato.

En "La Taza de Té", "La Composición", "Puercoespín" y "El Camino de Barro", aunque mantiene la misma dignidad artística de los anteriormente señalados, no logra, evidentemente, superarlos. Hay en todos, eso sí, las mismas excelencias y limitaciones que se encuentran en aquéllos. Les falta, no obstante, para igualarlos, mayor empeño literario.

"El Cura" y "El Ladrón", por otra parte, muestran el generoso caudal de fino humor y socarrona ironía que deja escapar el autor a manos llenas para satirizar a sus anchas.

"Cuento Gris" es, para mi gusto, el menos logrado del volumen, pese a lo sugestivo del tema. Descuidado en la presentación del material, oscuro en la conducción de la trama, me permitiría sugerirle a Zachrisson que volviera sobre el mismo en futuras publicaciones.

Considero como los dos mayores defectos de este libro, una cierta asincronía entre la edad de los personajes y sus reacciones psicológicas lo que impide dar veracidad a sus criaturas; así como también, el uso inmoderado de la técnica de imagen cinematográfica, que menciono líneas arriba, por no prestarse ésta a todo tipo de narración.

Defectos éstos —estoy seguro— que el tiempo y la pericia irán eliminando.

Entre las posibles influencias foráneas que se pueden advertir en este escritor, la de Poe me parece la más evidente. Está familiarizado, también, con la actual cuentística norteamericana. En lo nacional creo percibir la huella de Rogelio Sinán en “La Casa de los Ladrillos Rojos.”

Sólo me resta decir, para terminar, que si es cierto que Boris Zachrisson no posee la acabada maestría de Rogelio Sinán, ni el vigoroso estilo literario de Sánchez Borbón, no es menos cierto que no les va a la zaga en auténticas dotes de narrador y hasta los supera, diría yo, en imaginación y fantasía.

Ojalá que escritor tan prometedor no se nos pierda, con su “costal de cuentos”, por el inhóspito camino de nuestras letras como ese viejo hacedor de cuentos de “El Camino de Barro.”

FRANZ GARCIA DE PAREDES.

"LA CASA DE LOS LADRILLOS ROJOS"

Son las dos de la tarde.

Voy a buscar a mi amigo Silvestre. Mi amigo Silvestre vive cerca del mar, en una casa vieja. Es tan vieja que sólo la sostienen unos remiendos generosos y el coraje de sus ocupantes.

Vive en la parte alta. Su vivienda se compone de dos habitaciones. Una de ellas hace las veces de comedor: una mesa con cuatro sillas descoloridas. La recámara tiene dos camas chicas. En una esquina, cerca de la ventana, una pequeña librería, hecha con madera de cajones. La librería guarda, con celo crujiente, los libros, algunos desahuciados por la polilla. Silvestre se refiere a esa esquina como su "estudio". A su casa la llama la "torre del homenaje".

Para evitarme la molestia de subir a su lejana "torre", Silvestre ha tenido la feliz idea de indicar su ausencia o presencia. Si en la ventana flamea una prenda de vestir, toalla o cualquier trapo, es que el "señor" está en su "torre". Entonces subo un sinfín de escalones y atravieso estrechos balcones, repletos de cocinas improvisadas. En la puerta me espera Silvestre con un cordial saludo. Luego comenzamos a hojear sus libros. Algunos de ellos tienen hermosas láminas en colores de guerreros y Quijotes que la historia ha dado. Cuando encontramos una página rota o enmohecida, Silvestre culpa al viento húmedo. Lanza severas imprecaciones al mar que destruye sus "sueños". A Silvestre le gusta el olor de la polilla.

Cuando la tarde cede a la noche la cortesía del ancho techo, me despido. Cruzo los balcones, bajo las escaleras

y atravieso el patio tapizado de limo. Veo las cenizas tibias de los fogones esparcidas por el suelo.

Son las dos y cuarto de la tarde. Diviso la casa de Silvestre. La "torre" no flamea su bandera. El "señor" no está en la casa.

* *

Me dirijo a la casa de mi amigo, el jamaicano Jonathan Percival Smith. El negro tomador de saril con ron.

El cielo está encapotado. Una ligera llovizna anuncia el aguacero.

Jonathan Percival Smith vive cerca de mi casa. Perteneció a la Iglesia Bautista. Los domingos en las tardes lo he visto ir a su iglesia ataviado con bombín y bastón. Es un gran amigo de Silvestre y mío también. Entro por la parte trasera de su casa. Lo llamo.

—¡Jonathan!

Nadie contesta.

—¡Jonathan!

El crujido de la puerta me molesta. Se abre sólo por pulgadas.

—Jonathan, soy yo...

—Entra —me responde su voz de bajo carcomida por el ron.

—¿Cómo estás, muchacho?

—Bien, gracias.

—¿Silvestre no está contigo?

—No, Jonathan, vengo de su casa, pero la bandera no flameaba.

El negro se ríe. Después de una breve pausa le pregunto el motivo de su risa. Jonathan se pone serio. Sus

músculos faciales, contraídos por la risa, se van relajando. Comienza a cantar un hermoso "Spiritual".

La lluvia ha llegado con toda su fuerza.

Admiro su cuarto tan ordenado. Almohadones de todos colores adornan un sillón de paja. Su cama arreglada con una colcha hecha con retazos de colores. A un lado un enorme baúl. Una mesita de noche llena de libros. En el centro una mesa con dos sillas de paja. Al fondo una alacena con varios vasos y tazas. En un ropero improvisado veo sus galas dominicales: varios vestidos oscuros de corte anticuado, cuellos postizos. Encima del ropero se vislumbra el brillante bombín.

El ruido de la mecedora, en que estoy sentado, parece llevar el compás del canto triste del negro.

Jonathan interrumpe su canto y se levanta.

—¿Tienes calor?

—Sí, Jonathan; la lluvia no ha refrescado. Se siente tanto calor como antes de comenzar.

Jonathan se dirige a la pequeña nevera que oculta un biombo amarillo. Saca una botella que contiene un líquido rojo.

—¿Saril? —le pregunto.

—Sí, saril... no hay nada como el saril para refrescar.

Abre su alacena y trae dos vasos. Sirve los vasos. El saril me va picando la garganta. Jonathan está buscando algo. Lo siento detrás del biombo amarillo. Ya viene. Su vaso tiene un olor extraño, lo percibo.

—¿Saril con ron?

—Sí, muchacho, saril con ron. Lo mejor que hay para la voz.

Jonathan comienza a reírse. Abre tanto la boca, que puedo ver su encía amoratada adornada con dientes de oro.

—¿Tu iglesia no te prohíbe tanto ron?

—Mi iglesia perdona igual que la tuya.

El jamaicano continúa cantando.

La lluvia ha cesado. De los aleros de las casas caen las gotas, golpeando la calle.

Tengo que irme. Jonathan seguirá tomando su generoso saril con ron. Cuando llueve se sume en ese letargo de cantos. A menudo me dice que "las lluvias son las lágrimas del cielo, que caen a la tierra para redimir a los hombres del pecado".

—Adiós, Jonathan.

Me levanto. La mecedora continúa, con su vaivén, marcando la pereza del ambiente.

—Adiós, muchacho... Silvestre debe andar en busca de fantasmas.

Atrás quedó el negro, con sus cantos tristes, recordando su prosapia africana.

* *

Llego a mi casa. Hay visitas.

Doy las buenas tardes y me dirijo al balcón. Desde el balcón de mi casa se puede ver, con bastante claridad, la torre de la iglesia.

Cuántas veces no he soñado con la torre y sus duendes. Me acuerdo de aquel sueño: "Los duendes limpiaban la campana de la iglesia. La dejaban tan limpia, que su brillo cegaba. Comenzaban a golpearla con sus pequeñas manos. El ruido despertaba a los curas, que subían a la torre. Con crucifijos y oraciones espantaban a los duendes. Los duendes recorrían las calles bailando. Se paraban de-

bajo de mi balcón. Me hacían muecas y gestos con los puños. Yo, sin asustarme, comenzaba a silbar. Los duendes bailaban al conjuro del silbido. Cuando me cansaba, los orinaba. Los duendes se iban”.

Siempre despertaba en ese preciso instante.

Las visitas se van. Son dos señoritas gordas amigas de mi abuela. Han criticado todo lo que ellas hubieran querido ser. Se habló de la religión, como último refugio de los pecadores. Una de las señoritas critica la admisión de un miembro a la gloriosa congregación de “Las...”. No me acuerdo el nombre. La otra señorita grita tanto que me impide escuchar.

Mi abuela me llama. Me despido de las señoritas gordas. Las dos se quejan de fuerte dolor de cabeza. Mi abuela dice que es el calor. Ellas no contestan. Se van.

Mi abuela se ríe. Siempre se ríe.

Es hora de comer. Mi abuela se dirige al comedor con pasos seguros. Es una señora de fuerte contextura. Mis dos primas no han llegado. La criada dice que están enamoradas. Desde que Eugenia se pintó los labios es más recatada. Ya no se pasea media desnuda por la casa.

Nos sentamos a la mesa. Mi abuela me está mirando.

—¿Qué edad tienes?

—¿No se acuerda?

—No... las edades las dejo tranquilas. Me interesa la tuya sólo por curiosidad.

—Dieciséis años, Señora.

—Entonces... ya es hora de que despiertes.

Nunca he podido entender a mi abuela. Me dice cosas rarísimas. Cuando estoy con ella y se ríe, me parece que se burla de mí.

Acabamos de cenar. Mi abuela se dirige a su cuarto. Le doy las buenas noches. Las luces de la casa están apagadas. Sólo el cuarto de mi abuela permanece alumbrado.

Salgo al balcón y me siento en una silla. La gente pasa. Tengo la impresión que las personas que salen de noche son como las cigarras, que molestan con su canto.

Una niña camina dando brincos. Se detiene en el farol de la esquina. Es Cecilita, la amiga de mis primas. Se está mirando los zapatos. Es una muchacha hermosa. Continúa su camino, y da otro pequeño brinco. Está saltando los charcos dejados por la lluvia.

Siento ruidos. Son mis primas que han llegado. Se dirigen al cuarto de mi abuela. Se están riendo a carcajadas. Están llenas de artimañas. Siempre consiguen con sus chistes tontos lo que desean.

Ya no me permiten entrar a su cuarto. Antes solíamos pasar veladas agradables. Ellas usan cosméticos y sus zapatos son de tacones altos.

La calle está casi desierta. Es temprano. El reloj marca las ocho y media. La noche está agradable; quizás un poco húmeda, pero es preferible al calor.

No se escuchan voces. Mis primas se han retirado a su cuarto.

Escucho un extraño golpeteo en el tejado de la casa de enfrente. Me levanto y miro a unos gatos que corren.

La lluvia amenaza nuevamente. Una leve llovizna se delata por la luz del farol de la calle. Me retiro a mi cuarto. Como no hay nadie a quien darle las buenas noches, se las doy a los elementos.

—¡Buenas noches, lluvia!

* *

Es una bonita mañana. Mi abuela comenta el aguacero de anoche. Yo no oí nada. Mis primas, por no quedar-

se atrás, inventan un extraordinario relato acerca de los truenos. Por decirlo ellas, dudo de que el cielo hubiera esbozado una pequeña sonrisa eléctrica.

Esperaré a que salgan del baño.

Se sentarán a desayunar olorosas a esencias raras. Fatiga ese olor tan de mañana.

Me desayuno. Mi abuela, como de costumbre, me mira fijamente. No me incomodan sus miradas. Estoy pensando en algo que Jonathan dijo acerca de Silvestre y unos fantasmas.

Silvestre es un conocedor de las leyendas nuestras. Varias veces me ha contado de la "Tulivieja" y del "Chivato". La "Tulivieja", me dice Silvestre, es una mujer de cabellos largos que anda siempre en busca de niños. El "Chivato" es más curioso y pintoresco; la fauna es su ropero. Se transforma en chivo como en cerdo. De los duendes nunca me ha contado. Los duendes están en desuso.

A menudo se refiere, este extraño amigo mío, a mis fantasmas: "Tus fantasmas son importados". Tiene razón. Conozco poco el interior. Pero he visto mis fantasmas. Silvestre los conoce a través de leyendas. El aspecto físico lo deja a su imaginación. Yo los conozco a través de mis sueños. Hemos charlado largos ratos. A veces hemos bailado hasta mi despertar.

Tengo hermosas litografías en colores. Hay una que es la más hermosa: tres brujas alrededor de una olla y un hombre, en el centro, con atavío de guerrero las contempla asustado. Las brujas tienen el cabello largo y despeinado, nariz corva con verrugas y sus ojos son como uvas. Esta litografía se titula: "Macbeth y las Brujas".

Silvestre y yo nos reímos de nuestra afición. Silvestre no cree en estas cosas. Yo... tengo dudas.

¡Cuántas noches deseo ver a una bruja con su escoba dar paseos por el cielo! En vano espero. Me río de mis fantasías. La imaginación me azuza con alfileres de plata.

Mi abuela se ha levantado. La sigue mi gato "romano". Está de visita. Lo traje a la casa en el mes de junio. Duró sólo diez horas. Volvió en septiembre. Recuerdo su extraño apareamiento: "Parecía una acuarela sucia; su cuerpo estaba maltrecho por los golpes. Yo estaba sentado en el balcón. Saltó del techo de la casa contigua. Se me acercó lentamente, estiró sus patas delanteras y cruzándolas en forma de X, me hizo una reverencia, escondiendo la cabeza como niña enamorada". Anoche volvió empujado por la lluvia. Se irá tan pronto reciba la invitación de los tejados.

Mis primas entran al comedor y se sientan. Hablan en voz baja. Están olorosas a jabón. No se han perfumado. No sé de qué hablan, pero debe ser interesante.

Eugenia se dirige a mí con una maliciosa sonrisa:

—¿Cómo has amanecido, primo?

—Muy bien, gracias.

Esta cortesía es rara; sospecho que desea algún favor.

Eugenia me pide que le pase la cafetera. Al entregársela, me roza con sus manos. He sentido una extraña sensación.

—Primo, anoche recordamos mucho las visitas que hacías a nuestro cuarto —dice María Luisa, mi otra prima.

Canta una canción de moda. Se ha levantado de la silla, y comienza a contonearse con coquetería. Siento que la sangre fluye a mi cabeza; mejor será despedirme.

—Hasta luego, Primas.

—Hasta luegoito —me contestan en coro.

—¿Qué edad tienes? —me pregunta Eugenia.

La pregunta me irrita. Ayer la abuela preguntó mi edad; hoy son las primas.

"¿Cuál es el misterio de mi edad?"

Me dirijo al cuarto de mi abuela. Enfrente del espejo grande me observo. Tengo la estatura normal para mi edad. No soy fornido, pero tampoco soy raquítico. Mis notas en la escuela son bastante buenas. Estudio hasta donde me permite la pereza. No creo que se refieren a mi aspecto. Debe ser la manía que tengo por los libros fantásticos.

A mi edad debería saber bailar. Confieso que no sé. No me agrada participar en los juegos de mis compañeros, por considerarlos tontos y efímeros. Mi imaginación me permite jugar eternamente con los personajes de mis libracos. Me gustan las noches de lluvia porque invoco a los fantasmas. Mi abuela y mis primas quieren limitar mi imaginación. Mis "sueños" les molestan. ¿No sé en qué se debe pensar cuando se tiene dieciséis años? ¡Me atraen los fantasmas por que los desconozco!

Vienen mis primas. Eugenia me pellizca el brazo. No le digo nada. Amanecieron con humor de pascuas. Eugenia es muy hermosa.

Cruzo la sala y me dirijo a la puerta que dá a la calle. Siento un roce en las piernas. Es el gato. Mi gato "romano" me acompaña hasta la calle. En la esquina nos separamos. Espero que cuando lo vuelva a ver tenga la gentileza de un maullido.

* *

Me dirijo a la casa de Jonathan.

Escucho unas voces. Reconozco la de mi amigo Silvestre. Doy los buenos días. Nadie ha contestado el saludo.

Silvestre y Jonathan sostienen una furiosa discusión. Desconozco el origen de la polémica. Jonathan, con la biblia en la mano, lee afanosamente un pasaje. Se refiere al Profeta Elías y los leones. Silvestre le dice a Jonathan que el Profeta es un "mago" que hechizó a los leones. Jona-

than, furioso, le habla de la fe y del poder divino. Le grita iracundo:

—Tu ignorancia es como la melena de los leones. Se limpian con ella; es la servilleta del pecado.

Jonathan, dirigiéndose a mí que escucho tranquilamente, me explica la figura que ha empleado para establecer un símil entre Silvestre y las bestias.

Mientras conversamos, Silvestre golpea la mesa con sus dedos. Sale corriendo y desde el fondo del patio grita que tiene que hacer un encargo. Jonathan lo mira silenciosamente, y luego se ríe.

—Silvestre mezcla la ficción con la realidad de una manera muy sutil — dice Jonathan. Se seca el sudor con un pañuelo de colores, y continúa:

—Mañana nos vendrá con un cuento de fantasmas. Como de costumbre será el personaje central una bruja.

Jonathan, terminando la frase, se levanta y recoge unos botines negros. Se entretiene dándoles lustre con una pana.

Jonathan ha sido empleado del ferrocarril. Fue jubilado hace un año. Dedicó su tiempo a la Iglesia Bautista.

Salgo calladamente.

* *

Las calles están engalanadas con emblemas patrios. Faltan dos noches y un amanecer para las fiestas. Hoy es un día en que la gente camina de prisa. Hace calor y sin embargo los días son grises.

Me encuentro con unos compañeros de clase. Conversamos alegremente. La conversación decae cuando uno de ellos plantea un problema de escuela. Me alejo.

Un camión está detenido en la callejuela. Unos muchachos entran a la parte trasera y saltan cargados de naranjas. Una muchacha, desde un balcón, les grita:

—¡Bandidos!

Un ruido de tambores y cornetas se acerca. Una escuela se dirige a colocar una ofrenda floral.

Continúo caminando sin saber adonde voy. Pienso en la misteriosa pregunta: "¿Qué edad tienes?"

Eugenia es hermosa. Pronto se irán a la casa de sus padres. María Luisa es una muchacha agradable; tiene hermosos ojos y siempre está cantando. Ella dice que estoy loco. A menudo me digo: "¿En qué piensan los cuerdos?"

Percibo un olor a sándalo. Estoy frente al bazar de un hindostán. Me acuerdo de mi amigo Swani, el hindú. Siempre me estaba relatando puranas. ⁽¹⁾ El día en que vimos una ardilla, me preguntó si conocía el origen de la raya que lleva en la espalda. Le dije que no. Me contó que un día Rama acarició la espalda de la ardilla, y desde entonces todas las ardillas llevan la marca de los dedos de Rama.

Ha comenzado a lloviznar. Estoy lejos de la casa. Un perro está ladrando. El viento arrastra agua y polvo. La lluvia se avecina.

Noviembre es un mes de fiestas.

Cruzo el parque; mi casa está cerca. Se desata el aguacero. Llego mojado.

Mientras me cambio de ropa, en mi cuarto veo una maleta de viaje que no han terminado de arreglar. En ella hay prendas de vestir en desorden. Eugenia me llama. Le digo que entre.

—Primo, después de la parada nos vamos al interior.

No atino a decirle nada. Está hermosa con su traje blanco; es una bella visión de encajes. Cuando mi imaginación se agota contemplándola, le pregunto:

—¿A qué lugar vamos?

(1) Narraciones históricas de la India.

Ella me contesta, regalándome un gracioso gesto:

—¡A la casa de los ladrillos rojos!

Eugenia se retira, no sin antes decirme que me esperan para almorzar.

La casa de los ladrillos rojos... el nombre me es familiar. Las primas lo mencionan con frecuencia.

Entro al comedor. Mi abuela me pregunta por mi traje de baño. El tema en el almuerzo es el viaje. Eugenia está contenta. La abuela habla de la hermosa casa.

—Es una casa cómoda y arreglada con buen gusto. El río está cerca, y es muy limpio; no es hondo. Mi prima Isabel la mandó a reparar hará unos cinco años.

Estoy tratando de recordar algo. La casa de los ladrillos rojos tiene su enigma. Mi abuela tenía una prima llamada Isabel, que murió en esa casa. Mi abuela tiene buena memoria, pero en esta ocasión le falló. Su prima Isabel no pudo reparar esa casa cinco años atrás. Ella murió hace veinticinco años. No puedo creer que mi abuela se haya tragado veinte años con tanta ligereza. Si no me equivoco y es esa la prima a que se refiere mi abuela, ¡la casa debe estar hecha una desgracia! Me retiro a dormir la siesta. Continúa la lluvia.

* *

Me despierto; mis primas me contemplan. Miro el reloj. Son las cuatro de la tarde.

—¿Dormiste mucho? —me dice Eugenia.

—Sí —le contesto.

María Luisa se entretiene hojeando mis libros. Me levanto al oír la voz de la abuela. Mis primas me siguen.

La abuela está guardando unas frazadas. Mis primas y yo la ayudamos. Los preparativos del viaje terminan con los reproches de mi abuela. María Luisa, remolona, deja de empacar y se retira al balcón.

Eugenia y yo nos vamos de compras. Tenemos que traer lo necesario para el viaje. Mi abuela nos entrega una lista y el dinero. En la calle, Eugenia se me pega con el pretexto de los cohetes que tiran los muchachos. Me agradan los cohetes. Terminamos de hacer las compras y volvemos a la casa. Eugenia está cansada pero se ríe. Es una tarde gris con mucho calor.

María Luisa está leyendo un libro. La abuela conversa alegremente con nosotros.

—Les va a gustar el paseo. La casa tiene sus encantos...

Interrumpo a mi abuela y le digo:

—¿Ud. recuerda la casa, como la vió hace veinticinco años?

Mi abuela me dedica una de esas miradas en que los ojos se van cerrando paulatinamente. No le gusta que le hagan observaciones.

—¿Por qué veinticinco años? — pregunta mi abuela.

—Hace veinticinco años que murió su prima Isabel.

Mi abuela piensa la respuesta.

—¿Son veinticinco años de la muerte de Isabel...?

—Sí, abuela —le contesto.

—¿Cómo lo sabes?

—Por las fechas que ví en la lápida el día que fuimos al cementerio. Yo estaba resfriado y Ud. me dijo...

—Está bien, está bien... no he pedido tantos detalles. María Luisa se ríe.

—Abuelita la casa no debe ser hermosa... ¡veinticinco años abandonada!

—Sí, tienes razón, el tiempo es enemigo de la belleza cuando se trata de personas, pero cuando son cosas inanimadas, la pátina del tiempo les otorga una belleza que jamás tuvieron.

Eugenia, María Luisa y yo esperamos que la abuela continúe, y nos diga si la casa es una ruina o lo contrario. La abuela se levanta y nos dice:

—Verán la casa y juzgarán... hasta mañana.

La abuela sigue a su cuarto acompañada de María Luisa. Cuando pocas personas viven en una casa, se convierte en manía la compañía de alguien. Pero en esta casa es una forma protocolar. Nadie desea hablar con nadie; cinco o diez minutos son suficientes para decirse todo.

Nos agrada la soledad y, sin embargo, nunca estamos solos. Los viejos acompañan sus achaques con recuerdos. Los jóvenes solitarios manifiestan con sonrisas sus sueños, interrumpidos por la pregunta necia: "¿En qué piensas?" Otros, como yo, que no podemos expresar el recuerdo porque la edad nos limita ese extraordinario lujo, nos creamos un mundo de misterios. No soñamos ni recordamos. Vivimos envueltos en la fantasía, y cuando el hechizo se rompa, soñaremos. Algún día contaremos: "Años atrás yo..."

Eugenia y yo estamos solos. Ella quiere hablar, pero no se atreve a romper el silencio.

—Eugenia, tienes bonitos ojos.

—Gracias —me contesta adormecida por el leve ruido que produce el viento cuando roza las hojas de zinc.

—Tienes bonita boca y...

Me siento idiotizado.

—Eugenia, ¿me enseñarás a bailar?

—Sí... cuando tengas tiempo.

—Tiempo tengo.

Me intriga la respuesta. Eugenia adivina mis pensamientos.

—Quiero decir, cuando dejes tus libros.

María Luisa y la abuela deben estar hablando. Las risas llegan a nuestros oídos como pequeños alfileres. La conversación debe ser agradable a juzgar por las risas. No quiero que la risa se lleve a Eugenia. Quedamos mirándonos largo rato; mi prima parpadea un poco. Se levanta con calma y se despide.

—Hasta mañana, primo.

—Hasta mañana, Eugenia.

En mi cuarto, sobre la cama, hay un libro. No tengo ganas de leer; tengo sueño. Me desvisto, apago la luz y me acuesto.

* *

—Buenos días, primas.

Eugenia y María Luisa se han levantado temprano. La criada canta en la cocina.

—¿Mi abuela no se ha levantado? —le pregunto a María Luisa.

—Se fue para la misa.

¿Misa? ¡Estoy sorprendido! Mi abuela va contadas veces a la iglesia.

—Hoy es día de difuntos ---dice Eugenia.

Me había olvidado. Día de difuntos... iremos al cementerio, visitaremos varias tumbas y la abuela nos pondrá a rezar.

---¿Dormiste bien, Eugenia?

Ella me mira. Tiene ojeras.

—Me levanté a medianoche; no pude dormir. Tenía ansiedad de algo . . . ¿no sé qué me pasaba? Salí al balcón y miré al cielo... tenía pocas estrellas. ¿Y tú dormiste bien?

—Sí, Eugenia, estaba cansado.

Se me acerca y me musita al oído:

—¿Qué piensas hacer hoy?

—Iremos al cementerio con la abuela —le hablo en voz baja. Estoy tan cerca de ella que siento su aliento.

Mi abuela llega y se queja de los reclinatorios de la iglesia. Nos pregunta si tenemos hechas las maletas. Eugenia contesta afirmativamente. La abuela quiere que le muestre mi traje de baño. En vano busco por todos los rincones de mi cuarto. Tendré que desistir del baño en el río.

—Abuela, no tengo traje de baño.

—No podrás bañarte en el río.

—Sí puedo; tengo un pantalón viejo que puede servirme.

—¿Abuela, en qué automóvil iremos al paseo? —pregunta Eugenia.

Es una pregunta que ninguno de nosotros había formulado. La parte esencial del viaje . . . el medio de locomoción

—Iremos con las señoritas Encarnación y Piedad.

Me río de la salida de la abuela. María Luisa y Eugenia quedan sorprendidas cuando la abuela me secunda con estentóreas carcajadas. Creo necesario decirles el motivo de las carcajadas.

—Las señoritas, que ha mencionado la abuela, no lle-

—A la casa de los ladrillos rojos.

Silvestre me mira confundido por la respuesta.

—¿Dónde queda esa casa?

—No sé.

Silvestre se despide haciendo un molinete en el aire.
Unos muchachos están tirando cohetes en la calle.

Nuestra casa se llenará de visitas que vendrán a presenciar el desfile. La criada ha comenzado a barrer la casa.

Mis primas salen del baño chorreando agua.

—Buenos días —les digo.

María Luisa me contesta tiritando de frío. Eugenia me mira con el ceño fruncido.

La abuela es la última en meterse al baño. Su edad no le permite bañarse tan temprano.

María Luisa habla como una cotorra mientras desayunamos. Eugenia rehuye mis miradas. Desconozco el motivo de su enfado.

Son las siete de la mañana. Estoy colocando las maletas de modo que después de la parada no tengamos que perder tiempo. María Luisa se acerca.

—Eugenia dice que te odia... ¿qué le has hecho?

Estoy tan sorprendido que me dan ganas de gritar. María Luisa se aleja sin esperar respuesta. La abuela está cantando. ¡Esto es el colmo! Estoy malhumorado.

* *

Las amistades de la abuela van llegando. Las señoras disfrazan sus arrugas con espesos maquillajes. La criada y yo sacamos las sillas al balcón. La señora X ha traído a su hijo. El año pasado tuve que pegarle por estar escudriñando en mi cuarto. Espero que hoy se porte mejor. María Luisa y Eugenia saludan con abrazos y besos. Están vestidas para el viaje. Me escondo detrás de la puerta de manera que no me puedan ver. Mi abuela hace su entrada triunfal en este escenario de cosméticos y besos.

Las señoritas "Encarnación" y "Piedad" acaban de llegar. Me saludan alegremente y me piden el favor de traerles unas sillas. Transcurre una hora larga y llena de comentarios.

—Los desfiles tardan demasiado.

—¡Todos los años la misma cosa!

—¡Es falta de orden y seriedad!

La señorita "Piedad" se sacude pacientemente los paños que le ha tirado el hijo de la señora X.

El balcón de mi casa es un palco de necedades. Una de las señoras pretende dictar una conferencia sobre floricultura. Habla de sus extraños experimentos: el injerto de una rosa "Wellington" con una azucena. ¡Nunca había escuchado tamaña necedad!

—¡Ya vienen!

Este grito pone en conmoción el balcón. Las personas, que se alinean en las aceras, se agitan, se apiñan, sacuden pañuelos y gritan.

Ya se escuchan los golpes de los tambores y el sonido de las cornetas. Pasan cinco minutos. La chiquillería se desborda por la calle, como el afluente que va a dar al río madre.

Las banderas inician el desfile. La banda que lo preside ejecuta una hermosa marcha. Los aplausos se suceden con pequeñas pausas. El sol está ardiente. El sudor corre por los rostros de las bien maquilladas señoras, dejando delgados surcos. El desfile está terminando.

Mi colegio ha tenido una lucida actuación. Yo pertenezco al grupo de los que no participan en desfiles.

Los visitantes se van despidiendo. Las sillas quedan solitarias y calientes.

La calle está quieta, con pequeños grupos.

Las señoritas "Piedad" y "Encarnación" están sentadas en los sillones de la sala. Agitan sus abanicos.

La criada, ayudada por María Luisa, mete las sillas. Las puertas las están cerrando. Mi abuela dirige la opera-

ción. Cuando el último detalle ha sido concluído, la abuela dice con gran alivio:

—Espero que no se les olvide nada.

—No, abuelita... ¡estamos listos! —responde María Luisa.

Yo soy el último en salir. La abuela me ha entregado las llaves de la casa.

La señorita "Piedad" ha ido con Eugenia a buscar el automóvil. Es difícil encontrar donde estacionar el auto en este día de fiesta, y hace que se demoren.

La abuela examina las cajas de víveres. María Luisa y la criada vigilan las maletas.

—¡Ya vienen! —grita la señorita "Encarnación".

El automóvil, con su gran capota de lona, recuerda películas del cine silente. La criada y yo acomodamos las maletas en la parte trasera del auto.

—¡Apúrense, a ver si llegamos antes de la una! —dice la abuela.

—Tienes razón... ¡con este calor lo mejor es apurarnos! —aprobó la señorita "Encarnación".

Las señoritas "Piedad" y "Encarnación" y la abuela van en la parte delantera del automóvil. Eugenia, María Luisa, la criada y yo estamos un poco apretados en la parte trasera. ¡Por fin partimos!

—¡Santiguense... y que nos vaya bien! —grita la abuela.

La criada quiere saltar del carro de lo maravillada que está. Eugenia, en el otro extremo, se mantiene seria. Las señoritas conversan animadamente con la abuela. Escogieron, con gran acierto, las calles menos transitadas. Un viento fresco, que parece anunciar lluvia, se cuela en el auto.

Estamos saliendo de la ciudad. Una fuerte llovizna nos obliga a subir los vidrios. Las paletas que limpian el parabrisas me producen sueño. Creo que voy a dormirme; después de todo me imagino faltarán una o dos horas para llegar a la casa de los ladrillos rojos.

* *

—¡Llegamos... niños bájense!

El ruido de las maletas me despierta. Las señoritas corren por la grama. La naturaleza las vuelve alegres. No me extrañaría que danzaran. Eugenia, ayudada por María Luisa, baja las maletas.

Yo todavía me siento asueñado. Lo curioso es que no he visto ninguna casa; es un paraje desierto. Me bajo del auto.

Todos seguimos a las señoritas en fila india. Caminamos por un zigzagueante trillo. La abuela mira hacia atrás, como la gallina, para ver si le siguen sus polluelos. La sorpresa aparece por encanto. ¡Llegamos!

Los gritos de júbilo de las primas se confunden con la voz de un viejo que dá la bienvenida con extremada cortesía. Es el mozo que cuida la casa.

—Los esperaba un poco más tarde.

—Estábamos ansiosos por venir, sobre todo los muchachos que no la conocen —contesta la abuela apresurada-mente. Tan confundida se encuentra la abuela como yo.

—¿Te gusta la casa, hijo?

—Sí, abuelita... ¡es muy hermosa!

Las primas y las señoritas entran a la casa seguidas por el mozo y la criada.

Yo me quedo contemplando la casa. La casa, con sus ladrillos rojos, reposa quieta sobre la tierra, rodeada por los más diversos matices de verdes. Los intersticios de los

ladrillos están llenos de musgos. Sus grandes ventanas parecen ojos hambrientos. En el portal, unas sillas de paja están colocadas en diverso orden, esperando el calor humano. Sobre el tejado se posan diferentes aves. El camino recto que conduce a la entrada está adornado con flores. La furia de colores remoja la casa. No me atrevo a pisar la grama; ¡es tan verde y limpia!

—¿Entramos, hijo?

—Sí, señora.

Apoyado del brazo de mi abuela entro a la casa. Un gran salón lleno de muebles de diferentes estilos y bien cuidados. En una esquina se encuentra una "victrola". Un pequeño corredor dá a los cuartos.

Las señoritas "Piedad" y "Encarnación" conversan alegremente con las primas. Comienza la distribución de los cuartos. La criada y el mozo vienen cargados de cajetas.

La abuela dá órdenes para que funcione la pequeña planta eléctrica, que está ubicada en el ancho patio en una caseta de madera.

Todos corren alborozados de un lado a otro.

Yo estoy solo en un salón. Me siento en una antigua mecedora. El crujido que produce me inquieta. No me atrevo a romper el silencio de las sillas. La casa destila una esencia que no me atrevo a precisar. Mi imaginación comienza a dar vueltas con furioso ritmo. Las señoritas, mi abuela y mis primas adquieren personalidad diferente. Es el hechizo de la casa de los ladrillos rojos. ¡Esta es una casa con olor a cuentos!

* *

—¿Dónde queda el río? —pregunta María Luisa.

—Solo tienen que seguir el trillo —contesta el mozo.

Mi abuela y las señoritas están conversando en el portal. Eugenia continúa sin hablarme.

—¿Vienes al río?

—Sí, tan pronto termine de arreglar mi traje de baño.

Mi cuarto tiene persianas de madera que hacen ruidos. Con unas tijeras termino el arreglo del improvisado traje de baño. Las voces de Eugenia y María Luisa me guían como brújula.

—¡Aquí estamos, primo!

María Luisa, sumergida en el río, ríe alegremente. Eugenia tan pronto me vé se esconde detrás de una mata de helechos. El pequeño riachuelo está adornado con las hojas que se desprenden de los árboles.

Tirito de frío al contacto con el agua. Un fuerte empujón me tira al río. Eugenia se ríe de tan buenas ganas, que le perdono la broma.

—¿Ya no estás brava? —le pregunto.

Eugenia no contesta. Se limita a reír. Sale de su "biombo" de matas, y con pasos firmes camina hacia la orilla del riachuelo. Me quedo observándola detenidamente. Tiene un hermoso traje de baño color rosa. ¡No!... ya no es la prima de antaño con piernas flacas... es la señorita Eugenia con sus dieciocho años llenos de belleza. Se sumerge y comienza a nadar como el delfín que nunca he visto. El riachuelo se torna quieto. El sol penetra débilmente por el follaje que lo circunda. ¡Es una visión de vitrales!

María Luisa, con risa delirante, rompe la belleza del silencio. Son las tres de la tarde.

* *

Las señoritas y la abuela tratan de hacer funcionar la "victrola". Le pido a mi abuela una toalla para secarme.

—Eugenia, ¡entregale una toalla a tu primo! —grita nerviosamente.

Las señoritas "Piedad" y "Encarnación" logran arreglar el viejo aparato. Mi abuela le dá vueltas a una manivela. La música que sale de esa caja de madera debe ser vieja, cuando este trío de viejas añoran el lejano recuerdo.

Eugenia me llama.

—Primo, ¿vamos a pasear?

Habla con extraño encanto.

—¿Ahora que estás de mejor humor, me puedes decir el motivo de tu enfado?

—No sé qué me pasaba; de pronto sentí odio contra tí... tu presencia me molestaba. ¿Quién es Farsalia?

Me sorprende la pregunta.

—¿Dónde viste ese nombre?

—En la página de un libro tuyo estaba escrito "Farsalia" con tinta roja.

No salgo de mi asombro. No puedo menos que reírme. Eugenia se va enfureciendo.

—¡Antipático! —me dice.

Mejor será evitar una riña.

—Eugenia, no seas tonta, ¡Farsalia es el nombre de una batalla!

Ahora es Eugenia la que ríe.

María Luisa nos avisa que tienen preparada la "cosita". La abuela y las señoritas sirven galletas con jalea. María Luisa hace muecas. Eugenia la mira y se ríe.

De la cocina sale humo. Se escucha el chisporrotear de los fogones. La conversación se prolonga; hacemos planes para mañana.

La señorita "Piedad" me pide que cierre las ventanillas del automóvil. Comienza a oscurecer. El cielo está nubla-

do. Debe ser agradable que llueva después de un día caluroso.

La criada avisa que la comida está lista. Las muchachas ayudan a servir la mesa. Tengo mucha hambre; el baño en el río me abrió el apetito. Después de la comida vamos al portal. Mi abuela ha comido más de lo acostumbrado.

Las señoritas juegan con las primas. Tengo ganas de retirarme a mi cuarto.

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! —contestan todas menos Eugenia, que acercándose me pregunta:

—¿Tan temprano te vas a acostar?

En realidad todavía son las siete de la noche.

—Voy a leer un rato.

—¿Vas a leer libros de brujas?

Me molesta la ocurrencia.

—¿Por qué han de ser libros de brujas?

—Tú sueñas con ellas día y noche... de otras cosas no te ocupas. ¡Buenas noches!

Eugenia se retira bastante disgustada. Jamás comprenderé a esta muchacha.

Comienza a lloviznar. Escucho el coro de sapos. El viento no es fuerte, pero será mejor cerrar las ventanas. Me desvisto y me acuesto. He traído un libro. Me pongo a leer. El libro se titula: "Las Aventuras de Amadís de Gaula". El aguacero se siente cada vez con mayor fuerza. Las voces resuenan en los cuartos contiguos. El chocar de ventanas se silencia.

Han pasado cinco minutos. La casa está en silencio. Sólo se escuchan las voces de la lluvia y el viento.

El chirrido de la puerta me distrae de la lectura. Debe ser el viento. Me levanto a cerrar la puerta. ¡Una sombra pegada a la pared hace extraños signos! Un sudor frío me corre por el cuerpo. Tengo ganas de gritar y no puedo. ¡La sombra avanza! ¡Empuja la puerta! ¡Es un fantasma! ¡Un manto blanco le cubre el cuerpo! Me hago la señal de la cruz. El cuarto está saturado de un fuerte olor a perfume... perfume de mimosas. El fantasma está parado frente a mí. Me seco el sudor con la mano, fría del susto.

—¡Vengo a buscarte! —me dice una voz cavernosa, protegida por el sudario blanco. —¡Ven... ven...!

¡El fantasma extiende sus brazos hacia adelante! Veo sus manos... ¡una de ellas adornada con una sortija!

—¿Quién eres tú?—le pregunto a la extraña aparición,

Confieso que el susto me impide hablar, pero me siento más sereno. Este fantasma usa sortijas y perfumes.

—¡Soy una bruja que te ha buscado por mucho tiempo!

—¿Qué quieres de mí?

—¡Que rompas el hechizo que pesa sobre mi persona!

Esta vez la voz no es cavernosa... es agradable... dulce.

—¿Cuál es el conjuro que ha romper el hechizo?

Me siento más sosegado. Camino hacia la puerta y la cierro. Espero la respuesta con calma.

—¿El conjuro?... ¡un beso!

—Con su permiso, ¡señora Bruja!

Avanzo dos pasos, le quito el manto y la beso. Mi cuerpo arde al juntarse con el de la bruja. Mi respiración se agita. Apago la luz y le digo:

—¡Ven!... camina hacia mis brazos, Bruja... ¡que yo te amo!

Afuera llueve torrencialmente.



"EL CURA"

"EL CURA"

Es un domingo risueño, lleno de esperanzas y de sol.

La misa llama a los fieles con sonoras campanadas. Son las diez y media, y los cristianos desfilan a su iglesia. Dentro de breves instantes se ha de celebrar la misa de once, la más concurrida de las misas.

La iglesia está llena y pletórica de sedas. Los altares de los hombres hechos santos recogen, con benigna sonrisa, las flores y limosnas de sus devotos. Las bancas se ven ocupadas por los más heterogéneos grupos. Los numerosos sombreros dan sombra a los reclinatorios. Es una misa de gente bien vestida. La iglesia se convierte en el quirófano de la moda. Allí las más bellas trituran con sonrisas a las feas. Las feas recuerdan con orgullo que sus reputaciones no han sido "comidillas" de tertulias. Los susurros se callan cuando sale el cura precedido de dos acólitos. La misa ha comenzado.

El coro de la parroquia irrumpe con violencia. La misa transcurre con pereza y roces.

Sólo la tos gangosa de una vieja y el taconeo de una dama, que ha llegado tarde, interrumpen la meditación de los fieles.

Ha transcurrido un cuarto de hora. El cura se quita la casulla, que entrega a uno de sus acólitos, y sube al púlpito. El cura, con una voz de barítono endiablado, dá comienzo al sermón.

Los innumerables "sombrecitos" miran al cura.

El cura mira con desdén. Ataca a la moda, vanidad instigada por el diablo. Fustiga con su acerbo verbo el mal que se cobija en el bien. Sus palabras salen impulsadas por la saliva que despide. Sus venas se inflaman ante un nuevo punto: la lujuria.

Los "sombreritos" transpiran perfume.

Prohíbe las cintas cinematográficas que desorientan a la juventud.

Los "sombreritos" se mueven inquietos.

Denuncia los amores ilícitos como un mal social.

"El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra".

El cura aprovecha una pausa para secarse el sudor que baña su rostro.

Los "sombreritos" sacan pequeños pañuelitos de batista adornados con encajes.

El calor es sofocante.

El sermón continúa. El eco ayuda al cura. Las voces del coro señalan el fin del sermón.

El cura se pone su casulla, se inclina ante el altar mayor, se santigua, y se dirige a la sacristía precedido de sus dos acólitos.

Desde una ventana de la sacristía, el cura contempla, con complacencia, a los numerosos "sombreritos" que conversan. Mira su cadencia, sus gestos, la manera de hablar; le hace gracia.

El sudor vuelve a bañar su rostro que se ha puesto rojo. Una ansiedad tropical le abraza.

Los "sombreritos" montan en automóviles y se van.

El cura cierra la ventana.

Y mientras se dirige a las oficinas de la parroquia, los acólitos le oyen susurrar: "Yo pecador me confieso a vos..."



"LA COMPOSICION"

"LA COMPOSICION"

La maestra, apoyada en el escritorio, parece un Dios olímpico en su nube. "Quiero que mañana traigan la composición. El premio es una sorpresa... el tema la Navidad... hasta mañana." "Hasta mañana, Señorita..."

La chiquillería se desmanda por la escalera que dá a la calle.

—Félix, ¿me acompañas a la casa de Jaime?

—No, Margarita, no puedo ir.

—¿Por qué, Félix?

—Tengo que hacer la tarea.

—¿Qué tarea?... ¡Ah!, la composición.

—Sí, la composición.

—Eso no importa, Félix.

—Sí importa.

—¿Quieres ganarte el premio?

—Quien sabe.

—Sí, tú quieres el premio, pero te vas a llevar una sorpresa.

—Carolina no puede ganarse el premio todas las Navidades.

—Carolina o Aurelio, el nuevo alumno; ellos escriben muy bonito. Félix, ¿vamos a la casa de Jaime a jugar?

—Margarita, ¿cuál es la sorpresa que me voy a llevar?

—Que a lo mejor ¡yo me gano el premio!

Félix se ríe, de tan buenas ganas, que a Margarita se le aguan los ojos.

—No seas malo, Félix.

—Yo no soy malo, Margarita —le contesta Félix sonriendo.

—Hasta mañana, Margarita.

—Hasta mañana, Félix.

Una negra gorda cruza la calle en dirección a la escuela. Es la criada de Margarita que va a buscarla. Se llama Cleopatra.

Félix las vé alejarse.

Camino de su casa, piensa en la composición. El premio es una sorpresa.

"Ojalá no sea un rompecabezas, o una caja de chocolates. ¡Eso es lo que dan siempre! El año pasado fue un rompecabezas y le faltaban piezas. Quisiera ganarme el premio. Margarita tiene razón; Carolina se lo ganará, o Aurelio..."

El ruido de los carros con sus ruidosas bocinas lo asusta; espera que la interminable hilera de autos se sumerja en la estrecha bocacalle.

Luego cruza con rápidas zancadas. Del balcón de una casa le caen unas partículas plateadas. Mira hacia arriba y vé a una niña que arregla su pino de Navidad...

"Faltan dos días para la Navidad. Mañana repartirán regalos; a mi no me darán ninguno. La maestra dice que los que no dieron plata no recibirán regalo. La Directora dijo que es falta de cooperación".

Un golpe en la cabeza le hace volverse. Mira a unos niños que caminan en fila india; llevan unos pequeños tubos de cartón.

"No me darán regalo, después que les hice casitas de cartón para el nacimiento. Para todo me buscan; es como dice mi abuela: Todos toman naranjada y el pobre naranjo nada..."

El grito de ¡ladrón! despierta a Félix que, ensimismado en sus pensamientos, camina como un autómata, sin darse cuenta que está en la gran arteria, abundante en vitrinas llenas de sueño.

Un muchacho, corriendo, se pierde entre la muchedumbre. "¡Ladrón!" Este segundo grito es menos fuerte. La gente camina apretándose unos contra otros. Nadie quiere perder el puesto de la acera.

La calle soporta, con sus grietas negras, el flujo y reflujo de los autos.

Félix mira una hermosa vidriera llena de nieve. Unos negritos afilan sus caras en la superficie plana y fría. Félix se acerca. Los negritos se han ido. Sobre el vaho dejado por los niños se puede escribir la palabra "DESEO".

Félix admira la hermosa jaula de vidrio: hermosas muñecas de cabellos rubios sobre sus cabezas huecas, osos de curiosa pereza, negritos de tristeza tenue, bebecitos que no lloran, payasos que no hacen gracias con una mueca de olvido, enormes muñecas de gélidas miradas que no miran...

"Margarita es muy buena. Su mamá me ha invitado a su casa el día de Pascua. Margarita me enseñará sus juguetes. Yo haré chistes y se reirán. Brindarán helados y pastillas. Después daré las buenas noches y me iré".

Un señor de anteojos y nariz corva toca el hombro de Félix.

—¿Quieres ganarte algo?

—Sí señor —le contesta Félix asustado. Decir "sí" es todo lo que se le ocurre en los días de Navidad.

El señor de anteojos y nariz corva lo introduce en el almacén, donde a duras penas pueden caminar de lo lleno que está. Llegan al depósito que está en la parte trasera y se comunica con un zaguán maloliente a "berrinche" de gatos. El depósito está lleno de cajetas vacías.

—Coloca las cajetas en esa esquina, con mucho orden, y cuando termines ven a verme.

—Sí, Señor —contesta Félix con alegría.

"Me dará algún regalo. Si el regalo está envuelto no lo abriré".

Félix con afán empieza su tarea. Las cajetas despiden el excitante olor de juguetes. El trabajo se confunde con sus sueños...

El ruido de la tienda ni el calor sofocante lo distraen. Una a una coloca las cajetas en el lugar indicado. Las muchachas de la tienda lo miran con curiosidad. Su rostro bermejo con grandes pecas le hace simpático.

Ha pasado un cuarto de hora.

Félix, un poco cansado, contempla su obra. Ha terminado. Se dirige con pequeños pasos a la tienda. El señor se encuentra hablando con unos clientes, a quienes no se les pueden ver las caras de lo cargado de paquetes. Una de las dependientes se acerca a Félix y le dice:

—¡Has trabajado mucho!

—Sí, Señorita.

—¿Quieres que llame al Señor, o no tienes apuro?

—Sí, Señorita.

—Sí, ¿qué?...

—Sí tengo apuro. Bueno, esperaré unos minutos.

Los minutos pasan. El señor se dirige a Félix con un paquete en la mano.

—Bien, muchacho, ¿quedó todo bien?

—Sí, señor.

—Toma, aquí está tu regalo.

—Muchas gracias, Señor.

Félix abraza el regalo y con sus acostumbradas zancadas sale. Alguien le grita: "¡Felices Pascuas!"

"Sí, felices Pascuas voy a tener. Ya tengo un regalo. Mi abuela me dará otro, y son dos. Los pondré en mi silla".

La noche se desliza por los tejados de zinc.

Félix va contento por la avenida.

Las grandes vidrieras llenas de luces y nieve se van quedando atrás.

Félix se pierde por esos callejones untados de silencio

Cruza un gran solar adornado por un arbusto viejo con ausencia de verdes, donde los gatos maullan...

"Mi abuelita se pondrá muy contenta. Conversaremos un rato y me dirá que me acueste. ¡La composición!... Algún día la haré. Después de todo, como dijo Margarita, Carolina o Aurelio, el nuevo alumno; ellos escriben muy bonito. Ya me imagino el final de la composición de Carolina: "Me lo contó la Reina de las Hadas", y todos aplaudirán. Aurelio no se ríe; la gente seria escribe bien".

Félix sube unos escalones de ruidos quebrados. Abre una puerta y dice:

—¡Buenas noches!



“EL ARETE”

"EL ARETE"

Vivo en una casa velada por el tiempo. Ahí suceden las cosas más raras. Un día se ríe casi con vulgaridad; otros, el más absoluto silencio recuerda un severo claustro. Esta casa es de la época canalera. Es de construcción francesa. Tiene grandes salones con pisos de caoba que se mantienen lustrosos. Tan lustrosos están que el misterio se desliza. No se atreve a caminar temeroso de caerse.

Los salones que dan al balcón se mantienen cerrados. Los sábados la casa abre sus puertas para la limpieza. Las grandes y pesadas cortinas de damasco con sus bellotas en los bordes son sacudidas, inundando la calle con el polvo de medio siglo. Tomás es el encargado de los trabajos fuertes. Limpia los pisos, sacude cortinas, en fin todo lo que necesite de su fortaleza física. Tomás está tan lleno de misterio como todos los que vivimos aquí. Es un mulato de treinta años y con treinta años de vivir en esta casa. María es propiedad de la familia. Sus cuarenta y tantos años de vivir encerrada le han convertido en la réplica viviente de una estatua oriental color ámbar que adorna la existencia gris de la casa. Isabel y yo somos los más jóvenes de la casa.

Somos cuatro personajes envueltos en el más extraño laberinto de recuerdos. El salón de la casa, con sus innumerables fotografías y hermosos óleos, bandejas de plata con fechas y nombres, muebles antiguos, evoca tiempos de testas coronadas. Todos los salones lucen pálidas alfombras persas. La escalera que dá a la puerta principal tiene escalones de granito. El botón de la puerta está enmohecido.

Isabel es la cocinera, y como tal está enterada de todo. Me cuenta los más increíbles chismes. A menudo nos reímos. Con nuestra risa nos vengamos del silencio.

Ayer Isabel me dijo que en la puerta de atrás de la casa se encontró un arete. Es curioso, pues la puertecilla sale a un estrecho callejón —donde los gatos cantan himnos de amor— utilizada solamente por Tomás, Isabel y yo.

El arete es una fina joya de platino adornada con brillantes, el centro luce una hermosa esmeralda que tiene la forma de las lises de Francia.

Por ignorar quizás su valor e intrigada por el hallazgo, Isabel me entregó el arete.

El asunto comienza a preocuparme. Tomás limpia la puerta trasera a las seis de la tarde, y terminada la faena le pone un cerrojo. María, después de servir la mesa a las siete de la noche, se refugia en su cuarto lleno de santos. Isabel sube a mi cuarto —vivo en la buhardilla de la casa— y juntos, recostados en el alféizar de la ventana, vemos terminar la tarde y comenzar la noche. Después...

Isabel cruza el patio camino de su cuarto.

Y la casa se queda en silencio con su noche invadida por el nostálgico aroma de los heliotropos que adornan el patio.

¿Qué ser extraño puede ser el poseedor de tan maravillosa joya, que ronda en las noches dejando una huella cara?

¿Qué dama sondea el misterio de los gatos?

¡En algún joyero las lágrimas ocuparán el sitio de tan preciado arete!

Mejor será no pensar en ello; son las nueve de la noche y mañana tengo que ir a misa con la Señora. ¡Sí!... la Señora, el quinto personaje; la dueña de la casa; la Reina de cuatro súbditos. Es una señora de unos cincuenta y cinco

años, de porte alto y distinguido. Sus hermosos ojos sugieren terribles pasiones. Sus manos son largas y bellas. Su voz es tan armoniosa, que los regaños salen envueltos en seda.

El tratamiento que recibo en esta casa es el de sobrino de la Señora. Ella se dirige a mi llamándome por mi nombre. Yo con el usual trato de Señora.

Isabel, con su extremada curiosidad, me ha dicho que de los muchos y resonantes apellidos de la "tía" no existe ninguno que se parezca al mío. No le doy importancia al asunto. El único rostro que recuerdo desde que tengo uso de razón es el de ella. Con el correr del tiempo la Señora me solicita menos. El mes pasado sólo la ví cuatro veces.

Estaba enferma, dijo María, y me ví obligado a comer solo durante ese tiempo. Al pasar por su cuarto sentía gemidos.

Isabel asegura haberla visto llorar.

Es hora de dormir; el reloj del pasillo con sus campanadas me anuncia las diez de la noche.

Las campanas de la iglesia me despiertan. He dormido poco.

Debo apurarme. Siento los pasos de María que sube al cuarto de la Señora. Me siento nervioso.

"Anoche soñé que la Señora se encontraba en un gran salón iluminado por hermosas arañas. Un caballero elegantemente vestido bailaba con ella. Daban tantas vueltas que la Señora se sintió cansada. El caballero la acompañó a tomar aire. Salieron a una terraza, y mientras conversaban, se acercó una dama vestida con gran lujo. Su traje era de terciopelo negro, sus cabellos eran castaños, su único adorno eran unos hermosos aretes de esmeralda rodeados de brillantes con la forma de las lises de Francia. La dama no tenía rostro. El caballero al verla le hizo una

reverencia, y tendiéndole su mano, entraron al salón. La dama reía y la Señora en la terraza comenzó a llorar.

"Después... no sé. Mi sueño se volvió oscuro y complicado, sin ninguna ilación. Sólo veía ventanas que se abrían y cerraban. Luego la visión se hizo más clara y ordenada. Por una calle venían la Señora y María. María cargaba a un niño recién nacido. La Señora miraba hacia atrás con mucha frecuencia. Caminaban con gran prisa; se detuvieron en una esquina y vieron una placa con el nombre de la calle. María hablaba pero yo no oía nada; la Señora movía la cabeza afirmando y señalaba la placa iluminada por el farol de la calle. Era de noche y una leve llovizna rociaba los tejados de zinc produciendo una soporífera musiquilla..."

Un golpecito en la puerta y la voz de María que me dice que la Señora está esperando.

La Señora, María y yo bajamos por la escalera de granito. El picaporte, reacio a la mano de María, cede después de un interminable minuto. Es un amanecer de ruidos quietos.

Llegamos a la iglesia que está a unas escasas cuerdas de la casa. Se celebra una misa de difuntos. Los cirios y la lenta letanía del cura van calando mi estructura ósea. Miro de reojo a la Señora que reza piadosamente. Cuando la música del órgano invade la nave de la iglesia, mis ojos lloran lentamente; luego rezo como no lo había hecho nunca. La música ha cesado. La Señora y María tienen los ojos enrojecidos. La Señora me entrega un pañuelo de encajes. Me seco los ojos. Ellas salen con extremada cautela (como temiendo que la gente se entere de nuestra presencia) antes de terminar los oficios.

En la casa, después del desayuno, la Señora me ha dicho que desea hablarme. En el pasillo me cruzo con María e Isabel. La Señora habla con Isabel en el momento que llego, luego se callan. María pide disculpas. No sé

qué está pasando. Ya me voy enterando. Isabel ha confesado lo del arete. La Señora me observa detenidamente; luego saca de un cofrecillo que está a su alcance el misterioso arete. Me lo entrega y dice: "Este es el arete que encontró Isabel y te lo entregó... María lo buscó en tu cuarto mientras desayunabas... no te asustes, no tengo de qué reprenderte. ¡Te prometo que dentro de unos días enviarán el otro y te lo regalaré! Quiero que tú los tengas como un recuerdo".

María sale de la habitación seguida por Isabel y yo. Isabel me hace un guiño de ojo. En el patio se encuentra Tomás, el mulato, bruñendo la plata.

Hoy será un día de tantos.

Espero que llegue la tarde y junto con Isabel, apoyados en el alféizar de la ventana, ver el inicio de la noche.